ARGENTINA DIAZ LOZANO

PERLAS DE MI ROSARIO

(CUENTOS)

TALLERES TIPOGRAFICOS NACIONALES
TEGUCIGALPA, HONDURAS, C. A.

ARGENTINA DIAZ LOZANO

PERLAS

DE MI

ROSARIO

(CUENTOS)

Biblioteca Hondureña

de

Julio Rodríguez Ayestas

Tegucigalpa, C. A., Honduras, C. A.

TALLERES TIPOGRÁFICOS NACIONALES—TEGUCIGALPA, HONDURAS, C. A.

SON

PERLAS DE MI ROSARIO

que dedico cariñosamente a mis amistades, y cordialmente a todos los amantes de la lectura. ✣ ✣ ✣

La Autora.

Allá en Florida

UNA tarde otoñal, fría y triste, llegué al convento.

Espesa neblina lo cubría todo; mientras yo, sentada cómodamente en el asiento del automóvil que corría velozmente, manejado por la mano experta de una monja, veía pasar los altos pinos y los copudos robles, que se erguían silenciosos a ambos lados de la asfaltada carretera.

Tan absorta iba, que no me dí cuenta que habíamos llegado, hasta que la religiosa me dijo con dulce sonrisa:

—We have arrived my dear. (hemos llegado, querida mía).

—Bajé del carro, y al través de la niebla ví confusamente dos edificios de severo aspecto, rodeados de extensos bosques de pinos. Franqueamos la

puerta de la verja de hierro y, tiritando de frío. entramos por fin en un ancho hall, y poco después en una confortable habitación. En el hogar chisporroteaban las llamas, esparciendo agradable calor. Me senté en uno de los elegantes sillones, y miré al través de los vidrios de la ventana. La niebla continuaba cayendo, pero ya no tan profusamente que me impidiera contemplar y admirar el bello paisaje que tenía ante mis ojos. Más allá de una ancha y recta avenida de eucaliptos, estaba aquel hermoso lago que ya había visto en las fotografías. Pero el original era más hermoso indudablemente. Sus aguas tranquilas movíanse apenas de vez en cuando, impulsadas por el viento:

—Todo esto es frío y triste, pensé, pero también es bello, bello y melancólico como los parajes rusos que he visto descritos en las novelas de Henry Greville. Después....mi pensamiento voló hacia la madre ausente, hacia la patria lejana, hacia los amigos y parientes que había dejado más allá del golfo de Mejico.

Fuí interrumpido en mis meditaciones por una voz agradable que decía en español:

—¿Es usted nuestra nueva compañera? Mother Rose me acaba de llamar, y me rogó que la viniera atender, pues usted no habla inglés, ¿Verdad?

La que así hablaba era una linda muchacha de tez blanca y de ojos y cabellos negros como el ébano. Me apresuré a contestarle:

—No, no hablo inglés, pero espero que Ud. será tan buena que me servirá de intérprete, mientras aprendo el idioma.

—Sí, si, y lo haré con el mayor gusto, pues tendré oportunidad de practicar el español, que ya se me esta olvidando. Pero, es la hora de cenar. ¿Quiére usted venir conmigo?

Abroché la piel de mi abrigo, y me dispuse a seguir a mi gentil amiga.

Poco después me encontraba en el espacioso comedor, que estaba lleno de alegres y bulliciosas muchachas. Nada entendía yo de todas aquellas pláticas, pero el contento era tan general y manifiesto, que la tristeza se me disipó casi por completo. El chocolate humeante esparcía su olor apetitoso, y me senté a la mesa de la mejor gana.

Las compañeras me miraban con curiosidad, y me sonreían después amablemente, apresurándose a atenderme.

En medio de aquellas cabezas rubias y ojos azules, me llamó la atención una muchacha, que por su tez obscura y sus cabellos negros, comprendí que no sería «gringa».

DEPTO. TECNOLOGIA EDUCATIVA BIBLIOTECA CENTRAL

Mi amiga entonces me dijo en voz baja:

—Esa también habla español; es cubana, pero bastante antipática. Está siempre triste y de un modo extraño.

Miré por segunda vez a la muchacha. Le dirigí una sonrisa, que correspondió con mohin desdeñoso, diciéndome en correcto castellano:

—Es usted latina? pues lo pasará muy mal si no habla inglés. La vida aquí se le hará más aburrida de lo que es.

No habló más y continuó tomando su chocolate. Mi amiga había dicho la verdad. Había algo de extraño en aquella muchacha. Su mirada era triste y sus labios tan pronto dejaban ver aquel gesto de desdén como de aburrimiento. No tenía amigas. Se notaba que las compañeras le hablaban por cortesía, nada más.

Pasaron varios días, y yo poco a poco me iba acostumbrando a aquel género de vida, tranquilo y apacible. Estábamos en el mes de noviembre. El tiempo continuaba frío.

Una de aquellas tardes en que el cielo se cubría de celajes rojos y amarillos, como las sabrosas naranjas de esa encantadora Florida, y que con mucha razón llaman «El Paraíso de los Estados Unidos»: una de esas tardes decía, salimos a pasear.

Alegres y juguetonas corríamos por aquellos pinares y perfumados naranjales. Cansadas por fin, nos detuvimos a la orilla de una hermosa laguna, en cuyas claras aguas reflejábase el moribundo sol, cual una inmensa bola de fuego.

Ansiosa de soledad, me aparté de las compañeras y me senté sobre la tierra arenosa, a contemplar aquellos lugares inolvidables. Más allá de la laguna, extendíase un hermoso campo sembrado de naranjos en plena cosecha, y que plantados en líneas rectas, formaban extensas avenidas cubiertas de blanca arena.

Alguien me tocó en el hombro y volví la cabeza con sorpresa. Era Clara Montesi, la rara y bella cubana.

—¿Verdad que es hermoso todo esto? interrogó con su voz grofunda.

Si, muy hermoso, le contesté. Ven Clara, siéntate a mi lado y háblame un poco.

Los tristes ojos de la muchacha se animaron; su mirada perdió un poco aquella expresión sombría. Sí, exclamó con vehemencia, te hablaré porque quiero que seas mi amiga. Al principio no te quería, porque parecía que eras frívola y egoísta como las demás. Pero tus ojos me han mirado con tal benevolencia y tus sonrisas han sido tan cariñosas, que

me han hecho cambiar de opinión. No soy altanera y orgullosa como creen, ni tampoco rara y escéptica; soy sencillamente una pobre muchacha, que en los diecisiete años que he vivido he sufrido mucho.

Tuve la desgracia de perder a mi padre cuando sólo contaba ocho años. Algún tiempo después mi madre contrajo segundas nupcias con un hombre a quien odio. De allí en adelante mi vida fue monótona y triste, pues mi madre, ocupada tan sólo en sus placeres y su lujo, me tenía casi abandonada. Venimos a Florida y conocí a Nery Sanfeliz, el hombre que amo, mi dicha duró muy poco tiempo, porque la indiferencia de mi madre se trocó en enojo, cuando le confesé mi amor. Me dijo que de ninguna manera me permitía amores con Nery, y que de casarme, sería con Rafael Medero, un rico comerciante que me pretendía. Como yo me rebelara, mi madre me trajo a este convento hace seis meses. Pero a pesar de todo, yo continúo amando a Nery, y nos escribimos con frecuencia. En cuanto salga a vacaciones nos casaremos, aunque sienta mucho contrariar a mi madre.

Clara terminó su breve narración, y yo la animé a esperar con paciencia, pues tal vez su madre cambiara de parecer.

El sol ya se había ocultado, cuando regresamos al colegio. Aquella noche me dormí tarde, pensando en la historia de Clara.

Continuamos siendo buenas amigas, y comprendí que aquella muchacha tenía un gran corazón, y sentimientos nobilísimos.

Pasaron tres meses, un día la ví venir hacia mí, pálida y demudada.

—Nery ha muerto, me dijo, con voz que parecía un sollozo. Mi madre, compadecida de mí, viene a llevarme para que lo vaya a ver por última vez.

—¿Volverás? le pregunté.

—No sé, me repuso abrazándome, pero debes estar segura que no te olvidaré nunca. Después de Nery, tú eres la única persona que me ha querido y sabido comprender.

Honda pena me causó la desgracia de Clara. Estaba casi segura de no volverla a ver, y por eso fue grande mi sorpresa cuando una tarde de febrero, entró de repente en mi cuarto y me abrazó efusivamente.

—¿Has vuelto? exclamé con alegría.

—Sí, he vuelto —me contestó con dulzura— he vuelto para no irme jamás.

—Qué quieres decir? le pregunté asombrada.

—Quiero decir, me dijo con voz tenue, que me haré monja para no abandonar más este recinto de paz

Cuando dos años después dejé la bella Florida, para regresar a mi patria, ya la hermosa cubana vestía los negros hábitos de las monjas benedictinas.

Leonora

LOS tranquilos habitantes de San Francisco, pequeño pueblecito de origen colonial, con su indispensable plaza y añosa ceiba; con su iglesita blanca cuyas pequeñas torres se alzaban airosas sobre los techados de las casitas, humildes y limpias como sus sencillos moradores; se habían congregado aquella luminosa tarde de mayo, para admirar la gracia sandunguera, de los bailes de Leonora, y extasiarse con las melancólicas canciones que con clara y dulce voz cantaba, acompañándose ella misma con su guitarra.

Leonora, "la loca" la llamaban los chicuelos. Quién era?.....De dónde había venido?.....Nadie podía contestar estas preguntas. Todo lo que de ella se sabía, era que había venido al pueblo algu-

nos meses antes, cuando se celebraban las fiestas del patrón de San Francisco. Cada v z que alguien le hacía alguna pregunta sobre su pasado, la loca reía a carcajadas, que casi eran sollozos, pues las lágrimas acudían a aquellos ojos negros, maravillosos, de gitana. Bellísima era la loca Leonora. Cuerpo de graciosas curvas, piel morena y aterciopelada, boca de labios rojos y dientes blancos, frente espaciosa y tersa, y aquel par de ojos magníficos que brillaban como dos carbunclos.

Su locura era tranquila; inofensiva. Adoraba las flores, siempre se la veía con jazmines o rosas en el pecho y en los negros cabellos. Cantaba, cantaba siempre. Con el producto de sus bailes y canciones, compraba lindos vestidos de seda de colores brillantes, collares vistosos, y pequeñas zapatillas para calzar sus menudos pies. Ponía especial esmero en arreglar su pintoresca e interesante persona. Tomaba el almuerzo en una casa, cenaba en otra, y así pasaba su vida errante. Para Leonora había siempre un plato de cocido, una fruta, un dulce, y un rincón abrigado donde pasar la noche. Los mozos del pueblo la rodeaban siempre con sus halagos, pero, "la loca", cuando alguno impulsado por sus amorosos arrebatos, quería pasar a algo más que palabras, era indudable que recibiría un par de

bofetones, bien propinados por las pequeñas manos de Leonora.

Feliz.....Lo parecía. Porque sus pies solo sabían bailar, sus manos tocar la guitarra, y su garganta cantar; pero en sus ojos inmensos y negros, había siempre una expresión melancólica y de resignada tristeza.

Una mañanita plena de sol, cundió la alarma en los pobladores de San Francisco. El Alax, río de abundantes y tumultuosas aguas, había innundado las vegas de tabaco y fincas de café; resultado de la fuerte tempestad que se había desatado la noche anterior. Sin embargo, la esperanza renacía en los ánimos al notar que la creciente disminuía, y que las aguas se alejaban de las siembras, sin haber causado mayores daños.

En la playa, frente a la imponente catarata, se reunían varias personas a contemplar la caída de las aguas, que más tumultuosas que nunca se precipitaban con estrépito y seguían su corriente, dando tremendos saltos sobre las peñas. Con una ronrisa cariñosa, recibieron a Leonora que se acercaba al grupo. Una guirnarla de rosas y claveles rodeaba su frente espaciosa, caprichoso adorno tejido por sus manos, pero que aumentaba su belleza.

DEPTO. TECNOLOGIA EDUCATIVA BIBLIOTECA CENTRAL

—Cuidado Leonora! retírate de allí! es peligroso—le gritaron algunas personas al verla parada sobre un alto peñasco, rodeado por las rugientes y amenazadoras aguas.

—Bájate, bájate!—continuaban exclamando, los que emocionados la contemplaban en actitud desafiante; y después.....

Fué algo tan rápido, que nedie lo pudo evitar. La "loca", había extendido los brazos, y como si hubiera querido emprender un vuelo se había precipitado sobre las espumosas aguas, que ávidas recogieron su presa. Algunos intentaron salvarla, pero la corriente vertiginosa, la había arrastrado, y la llevaría quien sabe adonde.....

Flor de Hospital

CUARTO de hospital. Olor a éter. Rayo de sol que penetra por la ventana abierta. Fatigoso respirar de una bella mujer que yace sobre el lecho blanco. Enfermera que lee con calma un magazine.

—Cómo sigue la operada, Miss Thompson?

—La temperatura ha bajado a los treinta y seis grados, Dr.

Maurey, el famoso cirujano del hospital Saint Lázarus, tiene gran confianza en sí mismo, y en la pericia con que su mano maneja el bisturí. Esta vez la operación ha sido sencilla, y el paciente, una linda y joven mujer que pocos días ha, estaba rebosante de salud; esposa de un buen amigo suyo, el ingeniero Nelson.

Con solicitud se acercó al lecho, y tomando una de las manos frías de la enferma, miró atentamente su reloj de puño por un minuto.

—Setenta y dos pulsaciones por minuto, Miss Thompson. No me gusta mucho pero vendrá la reacción. Pronto se despertará porque lleva ya dos horas de estar bajo la acción del éter. Y mirando el semblante pálido de la enferma, los bellos labios contraídos, el rubio cabello en desorden; añadió,—su aspecto general es bueno. Si observa algo anormal Miss Thompson, me avisa inmediatamente.

Y el Dr. Maurey salió, cerrando la puerta muy despacio. Un hombre salió al encuentro en el pasillo.

—Cómo está ella Dr.?.....Quiero decir la señora Nelson.....La ansiedad se retrataba en aquel semblante de varonil expresión. El Dr. vaciló un poco antes de contestar:

—Está bastante bien, muy tranquila, el éter no le ha producido la desesperación que se apodera de otros operados. Es usted su pariente, supongo?

—No Dr. es decir...sí me intereso mucho por ella. Somos buenos amigos. Sálvela usted Maurey, no la deje morir..por favor..Y se alejó precipitadamente.

—Adelante!—contestó en voz baja. Miss Thompson, al oír los suaves golpecitos dados en la puerta.

Un hombre elegante entró, y después de saludar a la enfermera con una leve inclinación de cabeza se dirigió hacia la enferma.

—Está muy blanca y muy fría, no le parece Miss Thompson? Preguntó, el terror reflejado en los ojos grises.

—No se ponga así Mr. Nelson El Dr. acaba de salir, y dice que el estado de su esposa es bastante bueno. Puede hablarle, lo conocerá porque comienza a despertar.

—Doris! Doris!. yo soy querida. Cómo te sientes?

—Los ojos azules se abrieron del todo y los labios pálidos se movieron para decir. con voz desfallecida:

—Tu Henry?....ya me operaron?

—Ya querida, y el Dr. dice que estás muy bien y que pronto curarás. Mira, esta es tu enfermera la señorita Thompson.

—Miss Thompson, por favor tengo sed.

—Comprendo señora. Aquí hay hielo, puede tomar un pedacito Y usted Mr. Nelson, puede retirarse, su esposa no debe fatigarse mucho.

—Entiendo señorita. Cuídela mucho. Le ruego telefonearme a la oficina con la frecuencia que pueda, diciéndome cómo se encuentra Doris. Hasta la tarde!

—No ha preguntado nadie por mí?—dijo la fatigada voz de la enferma.

No, señora, todavía no.

Por favor Miss Thompson, llame al teléfono 1315 y hable con Mr, Paul Gradley, dígale....No, no, mejor no señorita. El vendrá, yo sé que vendrá.

La enfermera no contestó. Su discreción estaba a toda prueba. Tenía ya ocho años de ejercer su profesión y sabía respetar los asuntos particulares de sus enfermos. Miró a la bella mujer. tan lánguida, tan débil, y pensó que horrible sería sí...Pero no, el Dr. Maurey era un gran cirujano. Y las horas pasaron lentas. Un lejano reloj dió las tres de la tarde.

—No sé que pasa Miss Thompson, casi no le siento pulsaciones. Los latidos del corazón son muy débiles,—y bajando la voz un tanto alterada, añadió—avise a Nelson mientras voy a preparar una inyección.

Maurey presintió una lucha cuerpo a cuerpo con la muerte, y como tantas veces la había vencido, no perdió la fé.

Alguien tocó la puerta, y la enfermera se apresuró a abrir.

—Cómo sigue Doris, señorita?....Puedo verla?, soy su amigo, pariente de ella, por favor señorita.

Y aquel hombre hermoso y fuerte suplicaba con la mirada más que con las palabras.

—Pase usted caballero. No le oculto que la señora está mal.

Miss Thompson comprendió. Su intuición le dijo que aquel hombre era Paúl Gradley. Discreta, salió y los dejó sólos.

—Mírame Doris, no me conoces? Los amados ojos se abrieron y le miraron largamente, los labios se esforzaron por decir algo. Trabajo le costó a él entender lo que decían en voz muy tenue.

—Al fin llegaste Paúl. Tengo miedo, bésame.

El la besó primero suavemente, como se besa a una madre; y después con furia, con frenesí como si con sus besos hubiera querido alejar la muerte que el sentía allí en el cuarto.

—No me dejes Paúl—y los grandes ojos se llenaron de lágrimas suplicantes.

El Dr. Maurey y Mr. Melson vienen; advirtió la enfermera entrando.

Paúl Gradley la oyó como en un sueño. No pensó en nada, solo sintió que no podría alejarse de allí. Sentía un dolor casi material, y anonadado se alejó a un ángulo del cuarto y se sentó a esperar. El marido desesperado, y el cirujano famoso no lo vieron porque cuando llegaron al borde del

DEPTO. TECNOLOGIA EDUCATIVA CENTRAL

lecho ya todo había acabado para Doris. Muy pálida estaba. En su semblante reinaba la augusta paz. Nelson comprendió, y con voz alterada por el dolor y la impotencia, gritó:

Maurey! Maurey! pero Dios mío cómo fué? ...

El Dr. tenía la cabeza y los brazos caídos. De una mano pendía la jeringa inútil.

El corazón....fué el corazón. Le falló....

Ni Maurey, ni Nelson vieron que un hombre encorvado bajo el peso de una gran pena salió del cuarto. Solo Miss Thompson lo vió y siempre comprensiva, sintió una gran compasión....

—Tenga valor Mr. Gradley; es en estos casos cuando debemos apelar a todo nuestro valor. Paul quiso sonreir, pero en sus labios solo se dibujó una mueca. Y se alejó despacio....

Luchas del Corazón

ANOCHECÍA. En la semi oscuridad de la alcoba, Margarita y Diana hablaban, sentadas sobre un mullido canapé.

—Es imposible, decía Diana con desesperada voz, no puedo más. Yo no puedo tolerar que este hombre me tenga así, en tan pobre concepto. Imagínate, Margarita, si lo que te voy a contar no es el colmo. Hace algunos días regresaba de hacer algunas visitas, y ya para llegar a mi casa, una vecina amiga me invitó a entrar y a tomar de un vino que ella misma había preparado. Lo tomé, le dije que su preparación era un éxito, que lo había encontrado sabrosísimo, y me dirigí a mi casa. Luego de haber llegado sentí fuerte dolor de cabeza y me retiré a descansar. Pronto llegó Raúl y me preguntó:

—Qué te pasa? Te sientes indispuesta?

—Ya me pasará, le contesté, y añadí riendo: Figúrate que la vecina quiso que probara de su vino que ha fabricado; muy sabroso estaba, pero me ha ocasionado fuerte mareo y dolor de cabeza. Y sabes lo que me dijo entonces, Margarita?

—Yo en su lugar me habría reído, pero te veo tan alterada que no tengo idea de lo que te pueda haber dicho.

—Con una sonrisa irónica que para mí fue odiosa, me preguntó, que si no sería que había andado de fiesta con algunas amigas y amigos: y recalcó lo de "amigos" con repugnante insistencia. Crees tú que yo deba seguir viviendo con un hombre que es mi esposo, y cuyas dudas nos rebajan a los dos?....

—Margarita quedó pensativa un momento, y después contestó perpleja:

—Tú eres lo bastante inteligente y valiente querida Diana, para resolver tu problema. Los celos son hijos del amor, dicen por allí, y son inevitables entre dos personas que se quieren; pero esa continua duda y desconfianza que te manifiesta tu marido, no la creo correcta, y comprendo que ofenda a una mujer orgullosa y digna como eres tú. Trata de luchar un poco más, hazlo razonar, hazle ver lo indigno de su proceder; porque....lo quieres todavía, no es verdad?

Lo quiero siempre, sí, pero sus continuos celos y dudas hacen que el hombre que yo admiraba, vaya descendiendo ante mis ojos. El hombre que pierde la confianza y la fé en sí mismo, no puede ni debe esperar la de los demás.

—Pero lo quieres todavía. Puedes asirte de ese resto de amor que le guardas y luchar un poco más.

Las dos amigas se despidieron cariñosamente. Diana quedó sola. Encendió luz en su alcoba y se miró al espejo. Había huellas de lágrimas en sus ojos, huellas que ella se apresuró a borrar con polvos y un poco de rouge.

—Buenas noches, Diana!

¡Raúl!, no te oí entrar. Vienes tarde, seguramente has trabajado mucho. Muy cansado?

Y por qué te sorprendes?....No te había dicho esta mañana que vendría un poco tarde? Era que no me esperabas todavía? De todos modos siento haberte molestado. De haberlo sabido, me quedo en mi oficina.

Ella fingió no haber prestado atención y dijo suavemente:

—Te veo cansado, Raúl. Vamos al comedor, la cena debe estar ya servida.

II

—Brillaba el sol en todo su esplendor, la mañana siguiente. Cielo azul sin nubes, suave y fresco airecillo, perfume de rosas y limoneros. Diana sintió irresistible deseo de salir de la ciudad. Se puso un elegante vestido blanco, y bajó al patio.

—Buenos días. Está listo el carro?

—Sí, señora. Mírelo usted, reluciente como un espejo.

Muy bien, Pedro. Qué linda mañana, verdad? Gozaré de un paseo encantador. Espero estar aquí de regreso antes de que Raúl se levante. ¡Hasta la vista, Pedro!

Y el carro arrancó rápido, cruzó algunas calles, todavía casi desiertas, y pocos momentos después corría veloz por la blanca carretera. Diana sentía el vértigo de la velocidad, y el placer de que el viento fresco acariciara sus mejillas y revolviera sus cabellos color de bronce antiguo. Había llegado ya a la playa. Suavemente las olas bañaban la arena que brillaba al sol naciente, y las palmeras de los cocoteros se movían cadenciosas. Los grandes ojos de Diana contemplaron extasiados aquella inmesidad de agua, cuyo azul se confundía allá a

lo lejos con el del horizonte. No se dió cuenta de la llegada de un hermoso Roadster.

—¡Qué gusto de encontrarla, Diana. ¡Buenos días!

—Gustavo! Usted por aquí? También usted sintió el deseo de contemplar el mar en una mañana como ésta?

—No; sentí deseos de verla a usted y furioso por la imposibilidad de mi deseo, saqué mi carro y tomé al azar esta carretera, sin imaginarme que iba a tener la dicha de encontrarla.

—Ha hecho mal, dijo ella pensativa.

—Mal?.... Culpe usted a la casualidad que me ha proporcionado tan grata sorpresa, no a mí Tendré que soportar otra reprensión como la de la noche del sábado, por permitirme pedirle una tercera pieza?

—Bien sabe usted que la gente no cree correcto que una mujer casada baile tres piezas con un mismo caballero, contestó ella con una sonrisa burlona.

Y violentó usted sus deseos, y se fué a bailar con aquel lechuguino de Dubault. Tanto le preocupa lo que diga la gente?

No, es que yo sentía que no debía hacerlo. Por qué no dedica sus atenciones a alguna mujer soltera? Hay tantas muchachas bonitas que se considerarían felices de amarlo.

—Muchas gracias, pero es que no son más que eso que usted acaba de decir, muchachas bonitas. Ninguna me interesa. La quiero a usted, lo sabe bien, y si me he atrevido a decírselo es porque tengo la seguridad de que no es feliz.

Basta, basta, Gustavo. Debo irme, es tarde ya. Se queda?....

Sí, me quedo pensando en usted. Y añadió mirándola intensamente: le ruego que no olvide que la quiero más de lo que usted se imagina.

Ella puso en marcha su carro y contestó tratando de reir:

—Adiós, Gustavo! Sabe usted decir cosas muy bonitas.

Media hora después estaba en su casa. No podía apartar de su pensamiento las frases de Gustavo, ni la mirada franca y sincera de sus ojos verdes.

—El desayuno está servido, señora.

—Gracias, Berta, voy al momento, y Raúl?

—El señor se levantó temprano hoy, se desayunó y se fué a su despacho.

—Bien, vamos al comedor, pues.

Se sentó a la mesa y comenzó a tomar, distraídamente pequeños sorbos de café; mientras sus ojos parecían mirar a lo lejos, y su alma se

preguntaba angustiada: "Qué haré, Dios mío? Estaré al borde de un abismo o de la felicidad?...."

Se levantó, y se dirigió al despacho de su marido. En sus ojos se leía una decisión, mientras sus labios murmuraban: "Haré el último esfuerzo, me asiré fuerte al último resto de amor".

—Qué tal, Raúl? Muy ocupado?

—Algo, sí. Pero siéntate. Me alegra que hayas venido. Saliste esta mañana?

—Sí, la mañana estaba espléndída.

—Por qué no me hablaste? Ni siquiera me dijiste a dónde ibas. Me hubiera gustado acompañarte.

—Lo siento. Pero te ví tan profundamente dormido que no quise despertarte.

—No quisiste despertarme, eh?

Las mejillas de Diana se encendieron de indignación, pero hizo un esfuerzo por sonreír y dijo dulcemente:

—Raúl, hace dos años que no te das unas vacaciones. Debes sentirte cansado. Yo también me siento cansada....espiritualmente. No quieres que vayamos a "Rocas Blancas", a pasar unas semanas y a recordar nuestra luna de miel?

—Cansada, espiritualmente. ..Dices tonterías, Diana; aquí estamos bien, y además, no puedo de-

jar por ahora mis negocios. Y añadió mirándola fijamente, por qué quiéres alejarte de aquí? Huyes de algo?

—Diana se puso de pié. Su voz temblaba de ira, mientras decía:

—Huir de alguien? No, Raúl, yo no necesito huir de nada, yo no veo emboscadas ni caminos tortuosos como los ves tu por todas partes. Veo un camino muy hermoso y muy recto delante de mí. Y salió, muy despacio. Cerró la puerta del despacho, como quien cierra la puerta a la última esperanza, con una gran angustia en el alma.

III

Una luminosa tarde de abril, Gustavo Morell recibió una perfumada esquela que decía estas palabras: "Hoy a las cinco estaré en la playa.—Diana"

Feliz, el corazón latiéndole con fuerza, saltó a su carro y poco después estrechaba aquellas manos blancas

¡Diana! ... pudo decir apenas con temblorosa voz.

—Si, yo, Gustavo. Tan pronto como se tramitó mi divorcio, y me sentí libre, me acordé de lo que me dijo hace dos meses en este mismo lugar.

Eres adorable, Diana.... Y él, no se opuso a la separación?....

—Al principio sí, pero no se puede hacer cambiar de ruta a una mujer decidida, y....enamorada.

—Te quiero intesamente, Diana. ¡Qué hermosa veo la vida a tu lado!

Diana se sintió feliz. Feliz de ser amada, de amar, de ser joven y bella. De la amargura de su pasado amor ya no quedaba vestigio. La vida le había dado al fin algo valioso, grande y hermoso.

Sor Caroline

SILENCIO augusto y perfume de incienso, invadía la pequeña capilla. La luz suave de aquella mañana de junio entraba traviesa y jugueto-na por las ventanas abiertas, mientras en el altar se elevaba la hostia que sostenían las manos temblorosas del anciano sacerdote. Las cabezas se doblaron reverentes y el armonio dejó oir una grave y dulce melodía. Las alumnas del coro, nos levantamos con sigilo y fuimos a reunir-nos con Sor Caroline, cuyas manos diáfanas reco-rrían con maestría el teclado. Nos sonrió y nos dijo con voz tenue.

—Vamos a cantar "Bienvenido Jesús".

Sentía yo mi corazón lleno de piadosos senti-mientos, y con voz en que vibraba mi entusiasmo religioso, comencé a cantar con las demás. Sor

Caroline me volvió a ver con sus ojos azules inundados de luz, y me dijo sonriendo:

—Mas suave niña, mas suave.

Creo me puse toda roja, porque sentí que mi cara ardía. Iba a contestar algo violento, cuando ví el semblante pálido de la linda monja, cuyos azules ojos llenos de una ternura infinita se posaban sobre el altar. Comencé a cantar de nuevo lo más suave que pude.

Cuando terminó la misa. salimos todas presurosas, porque desde el cercano comedor nos llegaba el olor de las ricas tostadas. Sor Caroline se acercó a mí, y hundiendo sus dedos en mis cabellos, me dijo:

—Tienes buena voz, pero también tienes que aprender a dominarla.

Tomé entre mis manos una de las de ella, y se la besé mientras contestaba:

—Trataré de hacerlo, Sor, se lo prometo.

En su mirada hubo algo como preocupación, cuando dijo:

—También tienes que dominar tu carácter. Eres muy impulsiva.

En la inconsciencia de mis quince años, no comprendí entonces el significado de aquellas palabras. Hay cosas que sólo la vida misma puede enseñarlas.

Sentía un cariño rayano en la adoración por Sor Caroline. Desde mi llegada al convento, me cautivó su gentil figura y su inalterable dulzura. Influía no poco la espléndida belleza de la monja, ya que siempre he sido ferviente admiradora de todo lo hermoso.

Aquella traviesa y juguetona mañanita de junio, no la olvidaré nunca. Era domingo y, después del desayuno, la Superiora nos comunicó la grata nueva de que nos concedía permiso para ir de paseo por el lago.

-- Las acompañará Sor Caroline y Sor Therese. Annie lleva un abundante lunch, para todas, de manera que pueden regresar hasta las tres de la tarde. Les deseo un feliz día, hijas mías.

Yo sentí deseos de abrazar a la robusta Madre pero me contuve y me limité a gritar:

—Gracias madre, ¡Muchas gracias!

Con los corazones rebosando alegría, corrimos hacia la playa. Desatamos las lanchas y cogimos los remos. En pocos minutos, estuvimos tadas instaladas. Annie, la negra, cuidaba del lunch, que acomodó en varios cajones, mientras sonreía mostrando sus dientes de deslumbrante blancura.

—Sor Caroline, haga el favor de venirse en nuestra lancha, le dije suplicante.

—¡Venga mejor en la nuestra, gritó Catherine Bentz, le hemos traído cogines para que se siente.

—Gracias Catherine, le cedo ese puesto a Sor Therese. Y volviéndose hacia mí, dijo:

—Me iré con ustedes.

Pocos minutos después, cuatro hermosas lanchas surcaban las aguas tranquilas del lago, cuya quietud alteraban los gritos y risas de cuarenta alegres colegialas. Estábamos en vacaciones, y la mayor parte de pensionistas, se habían ido a sus hogares. Una hora después habíamos llegado al bosque de pinos de la otra orilla. Las muchachas se dispersaron, por diferente lados, buscando las sombras amables de los árboles.

—Venga conmigo, Sor Caroline, buscaremos una fresca sombra para que juguemos una partida de dominó.

Sólo se oía el suave rumor de los pinos, y muy apagados los gritos y risas de las compañeras que jugaban en una cercana colina. Nos habíamos sentado sobre la verde alfonbra de la hierba. Yo me incliné un poco para disponer las fichas y comenzar el juego. Un papel cayó entonces de la abertnra del cuello de mi uniforme. Lo quise recoger presurosa, pero ya Sor Caroline lo tenía en sus manos.

—De dónde sacastes éste verso?

—Lo copié de un libro, cuyo autor es un famoso poeta inglés,

—Su nombre?

—Longfellow.

Ella rió y dijo:

—Longfellow no era inglés, chiquilla; era Americano.

—No lo olvidaré, Sor. Le gusta a Ud. los versos?

—Si me gustan, pero a tu edad no creo que se puedan entender ciertas cosas. Por ejemplo, este verso que has copiado no es apropiado para tí, es demasiado apasionado

—Pues por eso me gusta, Sor.

Los ojos de la monja se posaron en la lejanía, y su voz tomó extrañas modulaciones, cuando dijo:

¡Qué sabes tú del Amor y de la Vida, niña mía!

—Y Ud., Sor? ...

—Sí. Cuando a los veinticinco años entré al convento, ya había vivido el Amor y el Dolor.

—Por qué cuando dicen Amor, dicen Dolor?....

—Porque casi siempre esos dos sentimientos van unidos.

—Entonces yo no quiero vivirlos, Sor.

—Entonces no vivirías la vida, querida niña. Piensa siempre que la vida es muy hermosa con todos sus dolores y alegrías.

—Si piensa así, por qué la abandonó usted? ...

—Un momento de desaliento, de ofuscación, de falta de fé en mi misma ...

—Entonces, se ha arrepentido?

—No; siempre he teñido el orgullo de mis propias acciones.

Algunas bulliciosas muchachas, vinieron a interrumpir nuestra conversación, pero yo no la pude olvidar durante todo el resto del día, y aquellas sabias palabras las recuerdo siempre, en los momentos difíciles de la vida.

Pasaron las vacaciones y volvieron los días de clase. Cada día ingresaban al convento alumnas nuevas que nosotros veíamos con curiosidad. A las once de la mañana de aquel día de septiembre, me encontraba yo jugando una partida de bridge con Sor Caroline y algunas compañeras. Vimos a la Superiora dirigirse hacia nosotras, con dos hermosas niñas vestidas de negro que la acompañaban.

Aquí tenemos otras dos nuevas, Sor Caroline. Preséntelas a las demás muchachas y haga lo posible porque se distraigan. Las pobres acaban de perder a su madre.

Cuando la Madre se alejó, noté que Sor Caroline se había puesto muy pálida, y que miraba con sin-

gular ansiedad a las nuevas compañeras. La una era rubia de ojos azules, y representaba unos diez años; la otra de facciones iguales a las de su hermana, pero con el cabello y los ojos obscuros, podría tener doce. Dejé mis observaciones para oir sorprendida, la voz temblorosa de Sor Caroline, que preguntaba:

—Sus nombres queridas niñas?....

- Mildred es mi hermana, y Mary soy yo—respondió la mayorcita con cierta timidez.

—Quiero sus apellidos, dijo la monja, casi con violencia.

—Davis; mi padre se llama Edward Davis.

Edward Davis!....

Noté que Sor Caroline miró a las dos hermanas casi con espanto, pero que luego su semblante fué tomando su expresión habitual de dulzura.

—Cómo se llamaba vuestra madre?....

—Helen Richmond.—y los ojos de la pobre niña, se llenaron de lágrimas.

En la blanca frente de Sor Caroline se dibujó un hondo pliegue, pero sonrió dulcemente, y atrajo hacia sí a las dos hermanas. Las besó tiernamente, y su voz tuvo maternales melodías, cuando dijo:

— Les gustará mucho el convento, y en mi tendréis una madre. Veréis que felices días os espe-

ran. Vamos, secad esas lágrimas. Quiero veros siempre sonrientes y felices, Vuestra madre está seguramente en el cielo, y desde allí vela por vosotras.

Sorprendidas se quedaron las demás compañeras del cariño vehemente que Sor Caroline dispensó a las recién llegadas. Sólo yo había comprendido, y miré a la monja de una manera sin duda muy elocuente, porque ella tomándome la mano confidencialmente, me dijo muy bajo:

Ya ves, niña, como la vida es siempre hermosa.

Pasó aquella semana y lllegó el domingo, día ansiado por las que esperaban la visita de sus padres. Bajo un frondoso pino rodeábamos varias muchachas a Sor Caroline, que leía para nosotras. Escuchábamos con tanta atención que no nos dimos cuenta de que alguien se acercaba, hasta que oímos la voz de Mary Davis, que decía:

—Aquí está mi papá, Sor Caroline. Le hemos dicho que era usted tan buena con nosotras, que él ha querido conocerla. Mira papaíto, esta es Sor Caroline.

El libro había escapado de las manos de la monja, y lívida como una muerta, se había quedado viendo a aquel hombre elegante, que la miraba también con extraña emoción.

—¡Margaret!.... dijo al fin él, extendiendo la mano.

—Mucho gusto de volverlo a ver, Edward—contestó ella con voz desfallecida, estrechando la mano que se le extendía.

El pareció querer decir algo, talvez mucho, pero nos vió, y dominándose solamente dijo:

—Sé que es usted una madre para mis hijas, Sor Caroline, y mi gratitud no tiene límites.

—Quiero mucho a sus niñas, Mr. Davis, le prometo cuidarlas siempre de la misma manera, mientras estén en este convento. Pero me voy, porque la campana me llama a la capilla. ¡Adiós, Mr. Davis!

—¡Adiós, Sor Caroline!;—y en los ojos obscuros de aquel hombre elegante, brilló una lágrima.

Ella se dirigió con paso lento hacia la capilla, mientras allá en la blanca torrecilla, las campanas lanzaban al viento sus graves notas....

El Amor de los Hombres

ERAN las cinco de la tarde, y el sol se ocultaba poco a poco como hundiéndose en el inmenso mar. Las olas espumosas lamían la blanca arena de la playa. El aire fresco y suave movía cadenciosamente las verdes palmeras de los cocoteros.

La mirada de los azules ojos de Alicia, alcanzaban hasta allá, donde el firmamento y el mar formaban una sola inmensidad azul.

Con los castaños cabellos, sueltos sobre su blanco cuello; las mejillas encendidas, los labios entreabiertos por una sonrisa franca, las traviesas olas jugando con sus blancos pies, sus bellas formas aprisionadas por el traje de baño; erguida, plena de junventud y belleza: así la vió Manuel Palacios la primera vez. Dulce emoción se apoderó de él, y decidido, se dirigió hacia ella

—Contempla Ud. el mar, señorita?—dijo con voz grave y profunda, Con rapidez, volvió la cabeza Alicia, la sorpresa reflejaba en sus ojos.

—Sí, caballero, contemplo el mar. ¿No le parece esto muy hermoso?

—Sí, muy hermoso indudablemente; pero, permítame que me presente. Manuel Palacios, servidor suyo.

—Alicia Weldom.

Y las manos se unieron cordialmente, mientras ambos corazones latían fuertemente. Ella lo miró a los ojos. Aquellos ojos grises, sinceros, y tiernos.

—¿Ha venido Ud. a veranear?

—Sí, soy amiga de las Villamil, las dueñas de este lindo chalet que Ud. ve allá, e invitado por ellas, estaré aquí un mes.

—¡Que bueno! yo también pienso permanecer unos días, disfrutando de las frescas brisas del mar. Ojalá pueda verla con frecuencia. ¿Quiere Ud. que seamos amigos?....

Algo de tierna emoción había en la voz de Manuel al hacer esta pregunta, a la que ella contestó muy bajo:

—Sí quiero. Y aturdida continuó; pero me voy, se me ha hecho tarde. Nos veremos otro día. El la siguió con la mirada.

Fue el preludio de su amor. De aquel amor fuerte y grande. De allí en adelante se vieron todos los días. Juntos tomaban el ardiente sol del trópico; sentados sobre la arena; el ruido de las olas apagando sus frases amorosas; la sombrilla de playa, ocultando sus besos furtivos. Fue un mes inolvidable para los dos.

Se llegó el día de la partida. Ambos tenían que regresar a Nueva York, en donde a ella le esperaba su trabajo de oficina, y a el los numerosos clientes que confiaban en su talento de abogado famoso. La realidad de la vida se imponía. Y después de haberse hecho promesas de amor, se despidieron con mucho de amargura y de tristeza en el corazón. El se fue primero. Algunos días después ella le siguió. Y allá en la bulliciosa urbe, continuó el idilio.

La vida moderna, con sus rascacielos, sus aeroplanos, sus tranvías, sus bulliciosas muchedumbres, no influyó en nada, para que ellos no se amaran con locura, y con algo de aquel romanticismo de antaño.

Para Alicia, Manuel fue todo. Huérfana y sin familia, todo su amor grande y único fue para él. Se entregó a él, en cuerpo y alma, sin pensar para nada en el futuro. El presente, fue todo para ella.

Hasta que un día....El vino a ella, y trató de hacerla comprender que las conveniencias sociales lo obligaban a tener que abandonarla, porque tenía que casarse, para complacer a su madre, con una señorita rica y de la buena sociedad.

—¿Pero no te he amado yo exclusivamente? No me he dado a tí con toda mi alma? exclamó ella con rebeldía.

—Sí, nena querida, y créelo que yo te lo agradezco. Has embellecido mi vida por muchos meses. Nunca olvidaré las horas que a tu lado he pasado. Pero, ¿qué quieres? La vida es cruel, y nos impone sacrificios. Sé razonable. Te devuelvo tus promesas. Puedes casarte. Puedes encontrar un hombre que te haga feliz. Lo mereces. Y no olvides que siempre tendrás en mi un amigo sincero y leal.

Alicia comprendió. Lo miró a los ojos como lo había visto la primera vez. Solamente dos lágrimas se asomaron a los ojos magníficos, y con voz segura dijo:

—Comprendo bastante, Manuel. Yo también te agradezco los días de felicidad que me diste. Aquello fue muy hermoso, pero no pensé que el desengaño viniera tan pronto. Ojalá nunca sufras lo que yo sufro ahora. ¡Adiós!

Y pálida le extendió la mano. El trató de besarla, pero ella lo evitó, diciendo:

—¿Para qué?....

—Vestida con el negro hábito de las monjas benedictinas, muy pálida, con algo de sobrenatural en el semblante, los ojos fijos en la blanca Hostia; las manos recorriendo el amarillo teclado del armonio; los blancos labios entreabiertos, cantando el "Tantum Ergo" llenando la capilla con su voz armoniosa. Así la volvió a ver Manuel, un día en que acompañado de su esposa asistía a una fiesta religiosa. Y de haber estado solo con ella, se hubiera puesto de rodillas para besar la negra falda del humilde hábito.

Dulce Secreto

MRS. HELÉN BLACKMORE se complacía aquella tarde en evocar sus recuerdos. No se dió cuenta de que el sol iba desapareciendo y de que su alcoba iba quedando en la penumbra. Una triste sonrisa vagaba en sus bellos labios mientras sus grandes ojos parecían mirar a lo lejos....

Era negra la noche. Frío el viento que abatía los copudos árboles que se erguían cual fantasmas. Desierta parecía «Hidden Corner». Sus altivas paredes se alzaban solemnes y silenciosas.

—¡Hermoso lugar este!, me parece estar en un viejo castillo. Oyes el viento, Randolph? Tengo frío y ... tengo miedo—había dicho ella recostándose mimosa en su hombro.

—Miedo? de qué....No pienses en nada y vive

el momento. Mía; no todos tienen lo que nosotros. Dos corazones grandes para amarse y darse por entero.

—Bellas cosas sabes decir, mi Randolph. Te creo y te quiero.

El, entonces, la había tomado en sus brazos, y la había besado largamente, intensamente, con todo su cuerpo y toda su alma. «Te quiero, mía para siempre, Helen; no podría vivir sin tí», le había dicho con voz temblorosa de pasión, mientras delirante la estrechaba en sus brazos.

¡Cómo le latía el corazón al recordarlo! La vida la había aprisionado en sus anillos de hierro. Implacable le había exigido un tributo; el tributo que toda mujer «bien» debe pagarle. Hija de un honorable y respetado anciano, no había podido protestar cuando las circunstancias la habían obligado a contraer matrimonio con un joven y rico ingeniero, íntimo y querido amigo de su familia. Desde entonces....todo había acabado. Había pagado el tributo y había lacerado su alma. El círculo de hierro la tenía aprisionada y para romperlo tendría que pisotear su propia dignidad, y eso....¡eso no lo haría nunca!

Dos lágrimas asomaron a los ojos magníficos, al traer a su memoria la última cita en «Hidden Cor-

ner». Pasó su mano sobre sus labios que él había besado con tanto fervor, y casi en un sollozo musitó:

«Vivirás en mis recuerdos, Randolph, serás dueño de todo lo hermoso y noble que hay en mí yo interior. No importa que me hayas juzgado mal. Yo te perdono y... te quiero siempre».

—Qué haces aquí, tan sola, querida? Es tarde ya, las ocho y treinta. Te olvidas que debemos asistir a una fiesta en el Consulado francés? Anda, arréglate y piensa que esta noche quiero verte hermosa, muy hermosa.

Como en un sueño oyó ella la voz de su marido. Secó sus lágrimas y sonrió dulcemente.

—La fiesta? ¡Ah sí! Perdóname, se me había olvidado. Pronto estaré lista, Francis, te lo prometo.

Y aquella noche, Mrs. Blackmore estuvo bella y sonriente como nunca....

Noche de Octubre

TE ruego me perdones, querida, el Club y los amigos me han entretenido más de la cuenta. Además, Elena, no es tarde para que te alteres así; apenas son las once.

—Sí apenas las once, en tu reloj, pero en el mío son las doce. Las doce, como quien dice nada....

—Pero, Elena, si es la segunda vez que lo hago; y eso que ya tenemos cuatro meses de casados. Que harías tú que yo regresara a casa a la una o dos de la mañana como hacen otros? ...

—Ya habría pedido el divorcio, es lo que voy hacer si tú sigues abadonándome así.

—Abandonarte?.....¡Qué exageradas son las mujeres! Pretendes tenerme todo el tiempo pegado a tus faldas? No, vidita, no trates de imponerte

así. Te harías odiosa. Tú que eres tan encantadora. Vamos, mujer, olvida todo eso y perdóname.

—Perdonarte? . . . No, amigo mío. No será hasta que "USTED" con los hechos me demuestre que está dispuesto a corregirse. Buenas noches....

—Que es eso de buenas noches? ¿Para dónde vas?

—Voy a dormir a la biblioteca, no se preocupe usted, que allí hay un blando y hermoso canapé. Dormiré divinamente.

—Déjate de tonterías Elena. Ven acá.

—No, caballero, gracias, le cedo el cuarto. Su cama ya está hecha. Conque, ¡pase usted buenas noches!

—¡Buenas noches!....¡¡NECIA!!

Elena salió dando un portazo, y, después de atravesar el gran salón oscuro, penetró en la biblioteca. "Yo le haré comprender que soy una mujer de dignidad", decía, estrujando furiosa los almohadones del diván.

Abrió la ventana que daba al jardín y escuchó el misterioso murmullo de los árboles que se movían a impulsos del viento, en la oscuridad. Allá, en medio de la sombra, le pareció ver una forma blanca. "Son nervios, nada más que nervios", se dijo, retirándose toda temblorosa de la ventana.

—Se tiró vestida sobre el diván y cerró los ojos, sonriendo gozosa al pensar en la mortificación de Henry, que debía estar ya dando vueltas y más vueltas en el blando lecho.

Las cortinas de color claro que se destacaban en la oscuridad, empezaron a moverse despacio, cuando pequeñas ráfagas de viento penetraban por la ventana abierta produciendo un misterioso fru, fru.... Un ave nocturna dejó oir su lúgubre y prolongado grito....

Elena se sentó y observó aquel continuo mover de cortinas. "Este viento me pone nerviosa, dijo, y de dos saltos se puso cerca de la ventana, que cerró con manos torpes y temblorosas, porque aquella sombra blanca se había movido; sí, ahora no le cabía la menor duda....

El corazón le latía violentamente cuando regresó al diván. "Si le hablara a Henry", pensó, "pero no, debo demostrarle que tengo delicadeza". Y se acostó hecha un nudo, cubriéndose la rizada cabeza con un almohadón.

El silencio era completo ahora, tanto, que Elena oía claramente el tum, tum de su corazón agitado. Le castañeteaban los dientes mientras pensaba: 'Sí, ahora me acuerdo. La vieja criada me contó;

allí....en la sala, velaron al padre de Henry....
allí estuvo el cadáver"....

Se sentó como movida por un resorte, porque precisamente allí....en la sala se movía algo. Distintamente se podía oir el cadencioso rin ran de una mecedora. Alguien estaba sentado allí meciéndose suave y misteriosamente, en la oscuridad. Elena, con los ojos agrandados por el terror y los dientes furiosamente apretados para no gritar, se acercó a la puertecilla de cristales y miró hacia el fatídico salón. La oscuridad era completa, pero aquel horrible ruido estaba allí....sin cesar ni un momento.

—¡Henry!, Henry!, gritó, mientras corría enloquecida, tropezando con los muebles. De un violento golpe abrió la puerta del cuarto de Henry, que cómodamente leía una revista en el lecho blando. Tiró el magazine al ver entrar a su mujer en aquel estado, y no tuvo tiempo de hacerse ninguna reflexión porque Elena se le tiró al cuello, y escondiendo la cabeza en su pecho, decía entre sollozos:

—Tu padre, Henry, me ha salido. No sé como no me he vuelto loca. Allí en la sala ...lo ví.

Henry frunció las cejas, y preguntó dudoso:

—Que lo viste? ... Entonces será más bien algún ladrón, porque los muertos no salen, chiquilla. Iré a ver; ¿dónde está mi escuadra? ...

—Allí está, Henry, en la gaveta de esa mesilla. Pero oye, no lo ví.... es decir ... estaba sentado y sólo oí el ruido de la silla al moverse. ¡Ay Henry, por Dios, no vayas a disparar, que puedes matar al muerto!

—¡Calla, mujer! No me agarres así, déjame moverme, que yo también oigo el ruido. No hay duda, alguien está sentado allí. Espera, haremos luz.

Hablaban en voz queda, y en puntillas se dirigieron al lado donde estaba el switch. Pronto quedó el salón iluminado con una suave luz rosada. En una de las mecedoras, un hermoso gato blanco jugaba con un cojin rojo. Henry se había quedado con su escuadra en la mano y la expresión retadora en el semblante. Elena miraba, ora al gato, ora a su marido, que reía a más no poder, mientras ponía su arma sobre una mesa.

—El muerto, Elena... tu querido Misifú.

El gato los miraba con sus ojos verdes e interrogantes.

—Y la sombra blanca en el jardín, Henry? ...

—Ven, mujer, a la ventana, Esa es tu sombra blanca?....No ves que es el jazmín que está ahora cubierto de flores?....

—¡Es verdad! Qué estúpida, no me acordaba. Vamos, pues, vamos a dormir.

—Te llevo a la biblioteca?....

Elena hizo como que no oía, y entró del brazo de su marido en la tibia y perfumada alcoba....

Horas Fugaces

SILENCIO profundo invadía la coqueta y perfumada alcoba, interrumpido sólo por el ronronear de un hermoso gato blanco, que echado en un cojín, miraba a su ama tan fijamente como si hubiera querido penetrar sus pensamientos. Fresca brisa entró por la ventana abierta, y los oscuros cabellos de María Elena se agitaron inquietos. Sus negros ojos contemplaban la oscura altura, donde brillaban rutilantes algunas estrellas. Y María Elena recordaba....repasando uno a uno, los incidentes, las pequeñas aventuras y grandes emociones que habían llenado el espacio de su corta vida.

¡Qué pronto había vivido sus veintidós años! ¡Qué rápidamente habían pasado las horas, los días, los meses....! Retrocedió siete años, y se vió la

alegre colegiala quinceañera; coqueta, vanidosa, segura de su belleza y feliz de haber salido del tranquilo y apacible convento. Sonrió compasiva al evocar la pálida Sor Dolores, a quien tanto dió que hacer, con sus travesuras y caprichos de niña mimada. Después....su viaje a un país extraño, con nuevas impresiones, sueños que en parte se vieron realizados; y la rueda del tiempo que seguía corriendo vertiginosamente, mientras ella, ávida, recogía todas sus emociones.

Y el amor?....Muchos se lo habían ofrecido, pero ella creyó sentirlo sólo una vez Amó deveras? Ni ella misma lo sabía. Fué aquello tan rápido, que ahora le parecía muy lejano. Pensó en las palabras de una de las heroínas de González Amaya: «Hay que gozar de la vida como se pueda, a borbotones, en los años de la juventud; llenarla de impresiones profundas, para luego, ya ancianita, vivir de los dulces recuerdos. ¡Infelices las almas que no han vivido, porque no podrán recordar». Y María Elena sonrió tristemente; había tenido muy en cuenta aquellas palabras.

Se sabía joven, bella; pero le faltaba aquella fe, aquella confianza, aquella ansia de soñar y de vivir que la había acompañado siempre; y sintió frío, un frío despiadado que invadió su corazón, y heló todo

su fuego, toda su savia. Dos lágrimas grandes y claras iluminaron su hermoso semblante, lágrimas que enjugó calmosa, mientras tratando de sonreír, miró al gato con cariño, le acarició el suave y blanco pelo, diciéndole a la vez muy quedo.

—¡Tú sí que eres feliz, minino! En tu cabeza vacía no caben los pensamientos ni las vacilaciones, ni los recuerdos.

Las doce de la noche dió un reloj cercano, fueron doce campanadas, lentas, graves....

—Quisiera poder detener el tiempo, minino. ¡Tengo miedo; miedo de seguir viviendo!....Y con la cabeza aprisionada entre sus manos, la hermosa María Elena se quedó dormida.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES - WILLIAM ANDREWS CLARK MEMORIAL LIBRARY

Manos de mujer

MR. GEORGE RANDOLPH descansaba cómodamente en su sillón mientras fumaba un aromático habano. Había trabajado más que otros días, y miraba con hastío el escritorio lleno de papeles y libros que tenía ante sí. Tendría treinta años, no más. En la mirada altiva de sus ojos claros, en su frente ancha y despejada, surcada por dos arrugas breves; en sus labios gruesos contraídos levemente por un gesto desdeñoso, en toda su persona, en fin, se notaba un orgullo y nobleza inconfundibles.

Mirando distraído las espirales que el humo formaba al salir de la boca, murmuró: «El trabajo es demasiado para mí solo, tendré que buscar alguien que me ayude».

Y alzando la voz, llamó:

—¡Juan!

—Que desea señor?—preguntó solícito el criado, entrando en la oficina.

—Encárgate de buscarme un muchacho que sepa estenografía, y que tenga buena forma de letra—dijo con acento imperioso.

—Yo creo, señor, que para eso sería mejor una muchacha, insinuó el criado.

—No me hables de mujeres, replicó Mr. Randolph con algo de violencia. Ya sabes que las odio.

Se hará como Ud. desea, señor.

George se quedó solo Miró su reloj, y acentuándose más en su semblante, la expresión de fastidio, se levantó del sillón diciendo:

—Son ya casi las seis. Supongo que esta noche haré lo mismo de siempre. Primero la cena en cualquier restaurant, después el club, el teatro, etc.

Cuando dieron las nueve de la mañana siguiente, ya Mr. Randolph estaba en su oficina.

El día se anunciaba hermosísimo. Corría el mes de abril, y la primavera comenzaba a lucir sus mejores galas. Sentado frente a su mesa de trabajo, George contemplaba al través de la ventana, un pedazo de cielo azul, iluminado por el sol brillante, un leve suspiro se escapó de su pecho, y hubiera continuado en su dulce abstracción, si no

hubiera sido interrumpido por la voz de Juan que decía:

—Buenos días, señor.

—Buenos días. Has encontrado la persona que te encargué?.

He tenido buenos informes de que un joven que ha trabajado tres años en la oficina de una casa de comercio. Pero señor, yo no sé cómo se han dado cuenta que aquí se necesitaba un empleado, porque allí en el recibidor está una muchacha que ofrece sus servicios como estenógrafa, e insiste en hablar con usted.

Las dos arrugas de la frente de Mr. Randolph se contrajeron en un inconfundible gesto de disgusto, y después de vacilar un poco, dijo:

—Díle que pase adelante.

Pocos segundos después, la puerta se abrió, y una muchacha joven, de ojos azules, de cabellos castaños y rizados, entró en la oficina.

—Buenos días, señor, supe que Ud. necesitaba un empleado, y yo vengo a ofrecerle mis servicios.

Lo siento señorita. Pero yo quiero mejor un hombre, para que trabaje en mi oficina.

—Por qué, Mr. Randolph? preguntó la muchacha mostrando sus dientes blancos al sonreir. Yo tengo buena voluntad para trabajar. Difícilmente

me canso. Estoy segura que Ud. quedará satisfecho de mi labor. No quiere Ud. probarme siquiera? Y su voz era tan dulce, que George tuvo que acceder aunque de mala gana.

—Quédese, señorita. Cómo es su nombre?

—Mildred Maurey Mi padre era inglés.

—Ha trabajado Ud. en alguna oficina?.

—No, señor, hace dos meses que salí del colegio. Pero tengo muchos deseos de trabajar, para ayudar a mi madre en la educación de mis hermanitos. George la miró fijamente. Después dijo con acento imperioso:

—Tome en taquigrafía las cartas que voy a dictarle. Después las escribe en máquina, y las arregla para mandarlas al correo con Juan.

Mientras dictaba, miraba con cierta expresión de contento los cabellos de Mildred, las mejillas rosadas y tersas y las manos blancas que rápidas trazaban signos sobre el papel. Cuando la muchacha lebantava la cabeza, él miraba con indiferencia algunos cuadros decorativos que colgaban de a pared.

Así transcurrieron dos meses. George Randolph se había acostumbrado ya de tal manera a la presencia de Mildred, que la consideraba indispensable. Una impresión muy dulce era la suya,

cuando por las mañanas, al entrar en su oficina, sentía el suave perfume y la voz dulce de la muchacha al saludarlo. Le agradaba ver la figura delgada y elegante, vestida con sumo esmero. La sonrisa llena de candor. Los cabellos brillantes y sedosos, cuyos bucles adornaban aquella carita tan linda. Los grandes y rasgados ojos azules.

Ya su oficina no tenía aquella apariencia descuidada. Ahora los libros y papeles estaban en orden encantador. Su sillón bien puesto, como invitándolo a sentarse. Los vidrios de los cuadros bien limpios. En su mesa había siempre un minúsculo florero con rosas o claveles.

—Se toma Ud. mucho trabajo—dijo él con voz afable. El arreglo de la oficina, es Juan quien debe hacerlo.

Los grandes ojos lo miraron con expresión de amargo reproche, parecía que se iban a llenar de lágrimas. Su voz fue triste al preguntar:

—No le gusta que se la arregle yo, Mr. Randolph? Creo que Juan no lo puede hacer como yo. Lo veo a Ud. tan solo y aburrido, que hago lo que está a mi alcance para hacerle grato su trabajo.

—Gracias, Mildred. Crea que se lo agradezco. Si no le es molesto, le ruego continuar ocupándose un poco de mí.

Y su voz de ordinario fría e imperiosa, tuvo extrañas y dulces melodías al dirigirse a la muchacha.

Aquella tarde fue espléndida. Soplaba un vientecito frío, y en el límpido cielo había uno que otro celaje; rojos unos, amarillos otros.

—El tiempo está propio para dar una vuelta por el campo. ¿Quiere Ud. acompañarme, Mildred?.

Con gusto, Mr Randolph, y presurosa se puso su sombrerito de fieltro beige. George cogió con seguridad el timón de su Roadster, y Mildred tomó asiento a su lado. El la miró con una ternura inmensa.

Una hora después, allá cerca de la blanca carretera, se sentaron bajo los copudos árboles. El sol casi se había ocultado completamente.

—¡Que puro y fresco este aire que se respira aquí! ¿Verdad, Mr. Randolph?

No me diga Mr. Randolph, ¿quiere? llámeme George.

Las mejillas de la muchacha se colorearon encantadoramente; sus blancas manos temblaron un poco al fingir arreglar los rebeldes cabellos.

—Mildred,—continuó él con voz emocionada,—Ud. ha llegado a ser indispensable para mí. Al principio me quise resistir al amor que Ud. me ha

sabido inspirar. Pero me doy por vencido. Yo la amo a Ud., estoy muy solo; no tengo nadie que por mí se preocupe. ¿Quiére Ud amarme un poco, Mildred?

Si, George. Poco a poco he aprendido a amarte única y exclusivamente. Mi amor ha permanecido oculto, pero ahora que tú me lo pides, te lo doy por completo.

Gracias, Mildred. Me haces un hombre feliz. Me haces amar la Vida. Dame esas tus manos blancas y suaves, pónlas sobre mi frente, para que me hagan manso, bueno y generoso, como eres tú.

Miráronse tierna y amorosamente. Sus labios uniéronse trémulos en un beso breve.

—Nos casaremos el mes próximo,—dijo él con ternura. La primavera te trajo a mí, y no se irá sin que tú seas mía.

Preludio de Amor

UNA BLANCA y espumeante estela, iba dejando sobre las oscuras aguas, el barco que poco a poco se alejaba del muelle. Los pañuelos se agitaron inquietos en un postrer gesto de despedida, y después. . .nada. El barco se había ya perdido como si las agitadas aguas del Atlántico se lo hubieran tragado.

Alicia, parada sobre cubierta, había visto con pena cómo la apretada muchedumbre del muelle había ido quedándose atrás. . . .muy atrás.

Repasaba en su mente las palabras que su madre le dirigiera con el abrazo de despedida: «Pórtate bien hijita, no olvides mis consejos». Una tristeza grande embargó su espíritu, una pena inmensa le oprimió el corazón, y las lágrimas que había con-

tenido valientemente hasta entonces, corrieron en abundancia por sus mejillas tersas.

Una voz alegre la hizo volver la cabeza:

—¿Qué hace Ud., señorita? No vea tanto el mar, que se va a marear.

Alicia dejó ver su semblante húmedo por las lágrimas, y sonrió ingenua.

– No miraba el mar. Pensaba en los seres queridos que he dejado, y que no veré por mucho tiempo.

No se apene así, señorita. El tiempo pasa pronto. ¿A dónde va Usted?

—Voy a Filadelfia, a ingresar a un colegio

—¡Ah! ¿Sí? Yo también voy a estudiar dentistería, pero a Saint Luis Missouri.

Pensé que este viaje iba ser muy aburrido para mí. Pero ahora todo será diferente. Teniendo una compañera de viaje tan encantadora como Ud.

Alicia sonrió otra vez y preguntó:

—¿Hay muchos pasajeros?

—Como veinte, nada más. ¿Va usted con algún pariente?

—No, voy recomendada a una familia amiga que va también a Filadelfia.

– Bueno, señorita, no se aflija tanto. Luego le presentaré dos amigos míos que van al mismo

colegio que yo. Verá usted qué viaje tan agradable vamos a tener. Voy hacer amistad con los demás pasajeros, pero antes permítame que le diga mi nombre: Roberto Martínez Calderón, servidor suyo.

—Alicia Sáenz—respondió la muchacha estrechando la mano de su nuevo amigo.

Pensativa siguió con la mirada la silueta elegante del joven.

I I

Un mar tranquilo, un cielo sereno, una luna esplendente. El barco casi no se movía a pesar de su veloz carrera

—¿Es Ud. romántica, Alicia? preguntó Roberto, mirando los oscuros ojos de la muchacha.

—Creo que sí. Y sobre todo esta noche. Yo creo que no hay nadie que no se sintiera romántico con una noche como ésta.

— Y con una muchacha tan guapa como es Ud., Alicia. Yo repito lo que escribió Rubén Darío.

¡Romántico! y ¿quién no es romántico?
aquel que no sepa de beso y de cántico
que se ahorque de un pino será lo mejor»

— ¿Que están haciendo ustedes, mirándose tanto? ....dijeron entre risas, dos alegres muchachos

dirigiéndose a la pareja. El barco no se balancea casi nada. ¿No les parece que podríamos bailar?

—¿Y al compás de qué vamos a bailar, si la ortofónica está descompuesta?.... preguntó Roberto riendo.

—Bah! respondió uno de los muchachos—no se preocupen por eso. Para algo había de servir esta dulzaina que compré antes de embarcarme. La puedo tocar admirablemente. Oigan, si no ...Y sin preocuparse de la risa ds los demás, se llevó el pequeño instrumento a los labios, y empezó a tocar una de las piezas en voga.

—Apuesto a que esta Ralph ha descompuesto la ortofónica, sólo para poder lucir sus habilidades de música,—dijo Roberto, comenzando a bailar con Alicia.

No pasó ni media hora, sin que los demás pasajeros, atraídos por la alegría de los muchachos, empezaron a bailar, al compás de las notas que Ralph arrancaba a la dulzaina.

Mientras tanto, el barco indiferente, seguía endiendo las oscuras aguas del océano.

Tres días en el puerto. Tres días que Alicía y Roberto aprovecharon en conocer la ciudad, y pasear juntos....Después la despedida. Cada uno tenía que partir a sus respectivos colegios. El taxi

que los conducía a la estación, corría por las calles apretadas de gente y de bulliciosos automóviles y tranvías.

Roberto tomó la mano blanca de Alicia, y le dijo con apasionado acento:

– No olvides que has prometido escribirme dos veces por semana. Así lo haré yo también.

Piensa mucho en mí Alicia. Repíteme una vez más, que me quieres.

—Te quiero, Roberto, mucho, muchísimo.... Y sus labios se unieron trémulos y fugaces, en su primer beso de amor.

A Través del Merendón... en 1918

CUESTA arriba subían las bestias, sudorosas y cansadas, a pesar de la fresca brisa que batía los robledales. Al olor salvaje de la montaña virgen, mezclábase el de la tierra negra, humedecida por las gotas que comenzaban a caer seguidas.

La chiquilla de claros cabellos castaños, y de rasgados ojos de mirar inocente como sus ocho años; montaba el caballo blanco. Una mujer hermosa, pálida como los pétalos de la gardenia, sostenía su esbelto y gracioso cuerpo sobre el caballo retinto como la piel de los indios, que viven en aquel pedazo del Merendón. Miró con ternura a la niña, y le dijo con la música de su voz melancólica como una sonata de Bethoeven:

—Comienza a llover, nena, cúbrete la cabeza.

—El sombrero me fastidia, mamá; y además me gusta que el viento revuelva mis cabellos.

—Pero llueve fuèrte, y no quiero que te enfermes.

—Está bien, mamá. Falta mucho para llegar a la posada, Pedro?

El indio, que a pié, las seguía como un perro fiel, miró la lejanía con sus ojos negros y escrutadores, y dijo lacónicamente:

—Una legua y media, niña.

La mujer miró el empinado camino que daba vueltas y más vueltas, por entre la misteriosa selva que cubría el alto pico; y suspiró angustiada.

—Con tal de que no nos toque caminar de noche, Pedro.

—Llegaremos al salir la luna, doña Elena.

Ella compuso el sombrero sobre su cabeza, y se arrebujó en su capa. Un montañés de gesto hostil y machete al cinto, venía hacia su encuentro. Miró curioso los guantes en las manos de ella, y el elegante vestido de montar que la cubría hasta los pies. Sus ojos negros se posaron después en la chiquilla que vestía también con cierta elegancia.

—¡Adiós, señores, que les vaya bien!, dijo con su voz gutural.

—¡Adiós!, dijeron ellas; porque Pedro no había contestado, limitándose a llevar su mano hacia el revólver, con gesto amenazador.

El bronceado montañés no se detuvo, sino que siguió cuesta abajo. Elena exaló un suspiro de alivio.

—Cuándo veremos a mi tío, mamaita?

—Faltan todavía dos días de camino, querida.

El sol se ocultaba rápidamente, y las sombras de la noche llegarían pronto para aumentar la paz augusta de la montaña. Una oropéndola dejó la rama de un árbol corpulento, y se alejó . . . sin duda en busca de albergue. A lo lejos se, oía el triste y monótono cantar de un "guaco", mientras la llovizna seguía cayendo, tenazmente . .

Elena, sacó de su corpiño un sobre y desdoblando el papel que contenía, escrito en letra grande y vigorosa; volvió a leer: "Queridísima hermana: Me llena de contento que te hayas decidido a venir a vivir conmigo, pues al fin dejarás esos apartados lugares para conocer algo de la civilización que aquí se inicia. Admirarás, estoy seguro, ese afán de vivir la vida rápidamente, que embarga a la gente de por aquí. Ferrocarriles, automóviles, comercio activo, diversiones; ¡todo esto es tan distinto de la holgada y monótona vida de nuestra ciudad

colonial! Son seis días de camino, largos y penosos los que te esperan, pero para consolarte y tener valor, piensa que aquí está tu hermano, que te espera a tí y a tu nena, con los brazos abiertos.''

Elena, pensó en el hermano querido, único apoyo que le había quedado en la tierra, a quien se acercaba poco a poco, por entre los intrincados caminos de herradura que audaces, se atrevieran a violar el misterio de la selva y la plácida belleza de las llanuras inmensas. ¡Seis días de camino!....Hacía tres que abandonara la pequeña cuidad colonial, que la vió nacer; la que fundaran sus antepasados gloriosos, la que fué testigo de su primer amor, alentado bajo los naranjos en flor.....y también, la que vió su dolor inmenso como el cielo y el mar, cuando la parca inexorable se llevó al amado ... «¡queridos e inolvidables recuerdos! Os dejo atrás para ir hacia mi hermano....hacia la civilización ....hacia un porvenir brillante para mi nena.» Eso había pensado cuando desde una cercana colina, había divisado por última vez las altivas torres de la iglesia, que elevándose hacia el cielo, parecían enviarle un triste adiós....

—¡Miren, miren allá abajo!, ahora más bien empezamos a bajar, qué es aquello que se vé allá en la llanura, Pedro?

—Es la posada niña.

—¡Bah! yo creía que llegaríamos a un pueblo tan bonito como el de ayer. Por qué nos quedamos aquí mamá?

—Porque aquí termina la jornada de hoy. nena. Pero mañana conocerás un lindo pueblecito que se llama....cómo se llama, Pedro?

—San José, Señora.

—¡San José! y es bonito, Pedro?

—Sí es, niña.

—Y esa posada donde pasaremos la noche, de quién es?, preguntó Elena.

—Es de don Juan Carvajal, el dueño de la hacienda.

Llegaban en esos momentos al patio rodeado de rústico cerco. Algunos cerdos se disputaban su ración de maíz. con las gallinas y «jolotes». En el corredor, sentados en el piso, conversaban animadamente hombres y mujeres, sin duda también pasajeros; salvadoreños, a juzgar por las vistosas toallas y «perrajes», que ellas llevaban en la cintura, y ellos sobre los hombros a manera de capa. Elena se quedó esperando afuera, mientras Pedro iba a la casa para arreglar el pago de la posada. Pronto regresó acompañado de un anciano, cuya barba plateada le caía sobre el pecho.

— Pase adelante, señora, mi casa está siempre a la orden de los pasajeros.

— No podría usted darme alojamiento en la casa? ....no me gustaría quedarme allí en el corredor con esa gente desconocida.

El anciano posó sus benévolos ojos, sobre la gentil figura de ella. Después tomó en brazos a la niña, y bajándola del caballo, dijo:

—Con mucho gusto, señora, le daré posada adentro. Un momento, traeré un banco para que pueda bajar del caballo.

Volvió después de breves momentos con un rústico asiento, que colocó a los pies de ella, con ese ademán lleno de natural cortesía que es gala del indio del Merendón Penetraron en la casa blanqueada con cal, que constaba de una sola pieza ancha y larga; en una de cuyas esquinas se elevaba una «troja» de maíz que tocaba hasta el techo. En el otro extremo habían dos camas donde se adivinaban dos cuerpecitos de niños dormidos.

—Son suyos?....preguntó a la mujer que había salido a recibirlas.

—Si señora, son míos, y están enfermos de...de gripe.

Elena volvió los ojos llenos de terror, para ver a los niños que tosían lastimosamente Corría el

año de mil novecientos dieciocho, y la gripe, epidemia desconocida entonces en el país, asolaba las poblaciones.

Elena tomó a su niña en los brazos, y murmuró quedamente: «De la peste y de todo mal, líbramela Dios mío».

II

La mañana siguiente se inició con una aurora bellísima. Las cuatro de la mañana eran, cuando Pedro despertó a su ama:

—Los caballos están listos, señora, y ya tengo preparado el café.

—Muy bien, Pedro. No se le debe nada al señor Carvajal?

—No, porque por adelantado se le pagó ayer.

Elena despertó a su hija, se vistió y poco después ambas estaban listas en el patio. Don Juan, siempre amable y cortés, las ayudó a subir sobre los caballos.

—¡Adios!, que les vaya bien....

La fresca brisa matinal azotaba sus rostros, la blanca neblina cubría la montaña, mientras los pajarillos se despertaban para saludar con sus

trinos la llegada del sol. Sobre las campánulas silvestres brillaban ya las gotas de rocío.

Los caballos emprendieron la marcha con nuevo vigor. Más bajar y subir cuestas, más encontrar montañeses y comerciantes que iban y venían con sus mulas cargadas de mercancía, más pasar vertientes y ríos, y luego.... el fin de la jornada en un pueblecito risueño y acogedor donde pasar la noche.

—Conoces a alguien, aquí Pedro?

—No señora, pero mire usted aquella casa de puertas verdes. Es la mejor del pueblo y allí nos darán posada.

—Vamos allá, pues.

Un hombre como de cuarenta años, salió a recibirlos, con amables modales.

—Para mí será un placer alojarla en mi casa, señora. Mi esposa estará muy contenta en atenderla.

Entraron al interior de la casa. Casa grande de rico de pueblo. Aquí y allá se veían montones de café en cáscara seca. Una cama matrimonial en uno de los extremos, dos camas más pequeñas, en el otro. En el corredor, algunas sillas mecedoras, de rústica manufactura, invitaban a sentarse. El dueño de casa trajo a la esposa, y ambos se presentaron a la recién llegada. Ella manifestó su

placer en conocerles y su reconocimiento por la acogida dispensada.

Había anochecido, y el patio lo iluminaba una hoguera de «ocote». Desde la cocina llegaban olores que abrían el apetito. La chiquilla se acercó a su madre y dijo en voz baja y medrosa:

—Allí dentro, me acabo de encontrar con una muchacha que me miró muy feo y que se ríe mucho.

—Nada tiene extraño que la gente se ría, niña mía.

—Pero viera mamá que feo lo mira a uno.

—No seas tonta, hijita, estás nerviosa y fatigada. Tienes hambre?

—No, no tengo. Pero ¡mire mamá! ese muchacho que está sentado allá al extremo del corredor, porqué tendrá la cabeza tan grande?....

—Elena miraba atentamente la extraña figura, que se distinguía allá en la penumbra. Era verdadaderamente un muchacho, casi un niño, a juzgar por su estatura, pero con una cabeza demasiado grande para ser normal. Miraba al cielo, como si estuviera contando cuidadosamente las estrellas que brillaban allá en el firmamento...

Ruido de pasos, la hizo volver la cabeza, y tuvo que contener un grito de horror, porque dos ojos extraviados....la miraban fijamente....estúpida-

mente ...con esa mirada escalofriante de los locos. Era una muchacha como de doce a catorce años, de facciones regulares, ensombrecidas por la locura. Se detuvo nada más que un instante y fué a sentarse con el muchacho que pareció no darse cuenta de su presencia.

—La cena está ya servida, señora. Su niña debe de tener hambre.

En la mesa cubierta por un blanco mantel, una cena exquisita y abundante esparcía su agradable olor. Elena se sentó a la mesa y comenzó a servir a su hija. Los esposos, se desvivían por complacerla. La conversación sobre el alza del café en El Salvador, se hizo general, pero nuestra pasajera no podía olvidar los dos extraños seres que había visto. Sería posible que fueran hijos de ellos?....

El cansancio la obligó a retirarse temprano Empezaba a conciliar el sueño, con su nena dormida allí cerca; cuando oyó dos carcajadas estridentes que violaron el silencio....Se extremeció de horror y abrazó a su hija, como para protegerla.

Luego, palabras ininteligibles y risas estentóreas que venían de aquel lado de la habitación, de allí donde había visto las dos camas.

—No se asuste, señora, duerma tranquila Son los muchachos, que se ponen así cuando la luna

está de movimiento. Los pobrecitos son enfermos.

Elena se tranquilizó un tanto, pero ya no pudo dormir. Toda la noche pasó con la impresión de que oía pasos, de que alguno de aquellos locos se acercaba a ella. Apenas serían las tres de la madrugada, cuando abrió la puerta con sigilo y salió al corredor, donde Pedro dormía. La nena, tiritaba de frío a su lado, tímidamente cogida de su falda.

—¡Pedro, Pedro!....levántate, es hora de partir.

El indio bostezó, extendió sus piernas sobre el suelo polvoriento, y dijo señalando el horizonte que apenas se divisaba:

—Mire las estrellas, ama, si todavía es de noche.

Ella encendió un fósforo y miró el reloj que llevaba en el puño.

—Son las tres y cinco. Levántate pronto y vámonos de aquí.

Un hombre salió desperezándose, al patio.

—Es usted mozo de aquí?

—Sí señorita, ordeño las vacas; voy para el potrero ahorita.

—Bien, tome este peso para usted, y dígale a sus amos que muchas gracias por todo. Que me voy muy agradecida por sus bondades, pero que me voy sin despedirme por no despertarlos. La jornada de hoy es larga y tenemos que salir temprano.

—Sí, sí señorita. Todo eso le diré, tal como usted me lo ha dicho. Sin duda «los tontos» no la dejaron dormir.

—A quiénes se refiere?

—A los hijos de mis amos. Los dos no tienen bueno el seso, y hacen sufrir mucho a los pobrecitos padres.

Ella no contestó, y rápidamente dispuso el viaje. El sol vendría lejos todavía, cuando ellos salieron del pueblecito que dormía. Era el último día de camino. Se acercaban al «Chamelecón», el río que con sus aguas abundantes lame la selva....

Hoy sí, veremos al tío; verdad mamá?

—Hoy, hijita.

—Ha de ser muy bueno, y lo mucho que lo voy a querer yo.

—El también te va a querer mucho, nena.

Serían las doce del día, cuando llegaron a un camino más ancho y despejado. La carretera se iniciaba. El sol dejaba caer sus rayos más ardientes y las frentes de los tres pasajeros brillaban de sudor. A lo lejos vieron venir dos ojos inmensos, blancos, como los ojos de algún monstruo desconocido....Era un automóvil del que descendió un hombre alto y hermoso. Elena reconoció a su hermano.

—¡Eduardo!

—Elena!

Se confundieron en un abrazo; mientras María, la nena, miraba con curiosidad ya al recién llegado, ya al monstruo negro de los ojos inmensos....

El viaje había terminado. Lejos muy lejos había quedado la ciudad nativa, y la selva intrincada y misteriosa..! Este, era el porvenir que veían acercarse, con el corazón lleno de esperanza! ...

MIENTRAS LA VIDA PASA

POEMAS EN PROSA

POR

ARGENTINA DIAZ LOZANO

Atardecer en la Montaña

Ultimos resplandores del moribundo sol, que cual inmensa bola de fuego va hundiéndose, allá, donde los altos y verdes picos de la montaña parecen tocar las nubes....

Bandadas de palomas que en raudo vuelo, buscan presurosas un albergue....

Chiquillo campesino, que desde el rústico cerco de piedra te extasías ante el maravilloso paisaje, dime: tienes alma de poeta?....

Doradas nubes, verdes campiñas, elevadas montañas, suave vientecillo oloroso a grama y a tomillo; anochece ya.... y las torrecillas de la iglesita de la cercana aldea, se esfuman iluminadas por los últimos débiles rayos del moribundo sol....

Noche Tropical

Calor, perfumes enervantes, susurro de palmeras....
Un cielo limpio, poblado de estrellas rutilantes....
Ojos negros, tan ardientes como el sol del trópico
Canciones de amor.... melancólicas y suaves,
acompañadas
solamente por el ruido monótomo de las olas que besan
la blanca arena de la playa....
Palabras tiernas.... amorosas.... dichas en voz queda ....
Labios sensuales.... besos de pasión bajo la luna
pálida....
Entre tanto, las olas continúan entonando su eterna
y monótoma canción....

Angelus Domine

El sol quemante de aquel verano, fué poco a poco desapareciendo, y suavemente, las sombras de la noche fueron venciendo la claridad del día.....

Presurosos los pajarillos buscaron albergue en los desnudos árboles, cuyas hojas habían caído secas sobre el polvoriento suelo.....

El firmamento pareció más azul, recibiendo majestuoso los últimos rayos del sol poniente.....

A lo lejos, las cigarras dejaron oír las notas de su canción, y las campanas de la iglesia, sonaron lentas.....graves..... solemnes.....

La pálida monja del convento, elevó sus ojos al cielo, y musitó suavemente: "Angelus Domine anunciabit María"; mientras la anciana de cabellos blancos, y la nietecilla juguetona, también juntaron sus manos y dijeron con devoto acento: "El Angel del Señor anunció a María".....

A lo lejos, las cigarras dejaron de cantar, y las sombras de la noche habían vencido ya a la claridad del día.....

Amanecer

Tenuemente la luz va venciendo a las tinieblas.
Es el sol, cuyos brillantes rayos
aparecen allá lejos en el horizonte, y poco a poco.
van iluminando montañas, verdes valles, majestuosos cerros,

Inúndanse de luz las claras aguas de los ríos, lagos,
mares, arroyos y vertientes.....

Embríanganse de vida y de calor; los pájaros, los árboles,
las flores.....

Joven campesina de rosadas mejillas; por qué la risa
juguetea en tu semblante, acentuando más esos oyuelos
picarones.....?

Pajarillo de azulado plumaje, por qué miras al cielo, y
cantas con tanto sentimiento?.....

¡Mañanita de sol, de suave y perfumada brisa, de bellas
ilusiones!

¡Yo también quiero reír, quiero cantar, y creo contigo.
que la vida es bella!.....

La Cruz

Fué una noche, que sorprendí el secreto de una mujer hermosa, y escuché indiscreta su monólogo amoroso, que con trémulos labios pronunciaba, en voz muy queda.....

"Corre un cierzo helado que abate los árboles y gime tristemente.....

Miro las estrellas que titilan en lo alto, y pienso en tí..... mi amado.....

Y siento que el frío de mi alma es más intenso que el que hiela mis manos.....

Estoy sola.....tan sola que mi corazón rebosa de amargura pero la Cruz, nuestra Cruz que beso con devoción, alivia mi tristeza; y me hace pensar que debo llevarla siempre, como un hermoso símbolo que recuerda el pasado".....

Mis ojos curiosos se posaron entonces sobre el pecho de la bella mujer, y vieron brillar sobre la blancura de su vestido, una pequeña cruz de oro.

En lo alto titilaban las estrellas.....,

ZINC LOT

Arco Iris

Una nube oscurece el firmamento antes azul, anunciadora
de una rápida tormenta tropical.....
Se encrespan las olas, que comienzan a tirar espuma sobre
la blanca playa.....
Se agitan inquietos los cocoteros, cuyas palmeras parecen
interrogar al cielo.....
Una barquilla frágil, lucha allá lejos con la ira del mar,
mientras gruesas gotas comienzan a caer, y bañan luego
aquel pedazo de tierra tropical.....

¡Mas....¡lucha con denuedo, valiente pescador!
No dejes que las olas traguen tu barquilla! porque.....
¡Mira hacia allí!.....Cómo surge triunfante un arco iris.
No temas más, y con los ojos puestos en sus siete colores,
rema seguro hacia las verdes y cercanas islas.....

¡Te acercas ya!, oyes esa melodía?
Son las notas de la guitarra hawaiana, en los brazos
morenos de tu compañera, que te espera allá, bajo
aquella palmera.....

Otoño

Llueve suave, quedo, tenazmente.....
Rumor de hojas secas sacudidas por el viento.....
por el viento triste y frío.

Rojos pétalos de rosas ya marchitas que caen
silenciosos sobre la verde hierba húmeda.....
Nubes grises, sombrías, perezosas.....

La anciana que contempla pensativa
la tristeza de la tarde; se acerca vacilante y temblo-
rosa a la ventana. Apoya su cabeza blanca sobre el vidrio
empañado por la lluvia, y las gotas ardientes
de sus lágrimas, por las ilusiones idas, se
confunden con las del agua que continúa cayendo
suavemente.....tenazmente.....

Biblioteca Hondureña
de
Julio Rodríguez Ayestas
Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.

INDICE

CUENTOS

	PÁGINA
Allá en Florida	5
Leonora	13
Flor de Hospital	17
Luchas del Corazón	23
Sor Caroline	33
El Amor de los Hombres	43
Dulce Secreto	49
Noche de Octubre	53
Horas Fugaces	59
Manos de Mujer	63
Preludio de Amor	71
A Través del Merendón en 1918	77

POEMAS

Atardecer en la Montaña	93
Noche Tropical	95
Angelus Domine	97
Amanecer	99
La Cruz	101
Arco Iris	103
Otoño	105